

EL MAESTRO ECKHART:

LIBERTAD INTERIOR Y NO-VIOLENCIA

Brian J. Pierce

Introducción: Eckhart, uno de los grandes místicos europeos.

Aunque la fecha exacta no se sabe, el Maestro Eckhart nació más o menos en el año 1260. Estamos hablando de entre cuarenta y cinco años después de fundada la Orden de Predicadores a la cual perteneció. Probablemente se llamaba Juan, pero ni de eso están completamente seguros, porque ya como figura pública, se conocía como el Maestro Eckhart y con ese nombre se ha quedado en la historia. Nació en Alemania, en un pueblo llamado Hochheim. Ya a los veinte años hay muestras de que estaba en la Orden estudiando. Es muy probable que haya hecho una parte de sus estudios en el Studium generale de Colonia donde, sin duda, fue influenciado por el pensamiento de otro gran maestro, Alberto Magno, que murió allí el 15 de noviembre de 1280. El ilustre teólogo Tomás de Aquino, otro discípulo de Alberto Magno, también aportó mucho al rico ambiente teológico y contemplativo que respiraba el joven Eckhart en sus propios años de formación como fraile dominico.

Ya para el año 1300, a los cuarenta años, se sabe que Eckhart era prior del convento de Erfurt en Turingia, y dos años después, en 1302, recibió el título honorífico de Maestro en Sagrada Teología. En esos años, los primeros como prior en Erfurt, dio unas charlas informales, tipo tertulia, conocidas como "Las Instrucciones", es la primera colección de sus escritos que se conserva. Sirvió un tiempo también como provincial, y después, como ha ocurrido con otros grandes místicos, terminó su vida en-vuelto en una batalla teológica sobre ciertos aspectos de sus escritos espirituales.

Dos años después de su muerte, y como resultado de las tensas polémicas entre los dominicos y franciscanos de la época, quince artículos de sus escritos fueron condenados. No obstante, como en el caso de Tomás de Aquino y otros, los escritos de Eckhart han superado varios siglos de investigación escrupulosa y están saliendo a la luz del día, considerados ahora como aporte sumamente fundamental en la teología mística alemana medieval. La Orden de Predicadores, en su Capítulo General de 1980, inició un proceso oficial para estudiar y evaluar de nuevo los escritos de Eckhart, dando atención especial a los artículos que fueron condenados en 1329. No sería demasiado sorprendente que el Maestro Eckhart algún día fuera declarado santo de la Iglesia. Así pasa con muchos grandes apóstoles de la fe: pasan por su noche oscura eclesial para terminar siendo luces brillantes para muchas generaciones posteriores.

1.- La Chispa Divina

Para Eckhart, el ser humano es más que una criatura de Dios. Es un portador de lo divino, es alguien que lleva por dentro la presencia de Dios. Hay un texto de San Pablo que resalta esta misma idea: "Ahora bien, Dios, que dijo 'brille la luz en medio de las tinieblas', es el que se hizo luz en nuestros corazones para que en nosotros se irradie la gloria de Dios, como brilla en el rostro de Cristo. Con todo, llevamos este tesoro en vasos de barro, para que todos reconozcan la fuerza soberana de Dios y no parezca como cosa nuestra" (2 Co 4, 6-7). Hay dos puntos claves en este texto: primero, Dios se hizo luz en nuestros corazones. Hay un reconocimiento aquí de una presencia divina en el corazón humano. Y acompañando este primer punto va una imagen muy rica de San Pablo: el tesoro lo llevamos en un vaso de barro. Llevamos el tesoro de la luz divina envuelto en nuestra humanidad. La mayoría de nosotros se siente más vaso de barro que portador de lo divino, pero lo maravilloso es que somos las dos cosas. El regalo de la vida de Dios lo llevamos en la fragilidad de nuestra humanidad. El tesoro del Verbo se hizo carne y sigue encarnándose hoy en el corazón humano.

Eckhart, empleando una de sus imágenes favoritas, y partiendo del simbolismo bíblico de la luz, llama a ese tesoro una chispa, una pequeña luz, un pedacito de la divinidad de Dios. Dice Eckhart: "Hay en el alma un poder que en sí mismo es libre, una pequeña chispa... libre de todo nombre y vacía de todas las formas... Ahí, Dios florece eternamente, y es siempre verde en su divinidad" (8: 76). Y en otra parte añade: "Hay un poder en el alma que se une con Dios: es la chispa" (32a: 237-8). La palabra alma para Eckhart se refiere a esa dimensión del ser humano destinada a vivir siempre (en el "Eterno Ahora") en comunión con Dios. Hoy podríamos llamar a esa dimensión usando distintos nombres también: el centro de nuestro ser, el corazón, el espíritu, etc. La chispa es la presencia de Dios que habita en el alma.

Esta chispa es lo que se ha llamado tradicionalmente en el pensamiento judeo-cristiano la Imagen de Dios (Imago Dei). Podríamos llamarla también la presencia del Espíritu Santo, ese sopro del aliento de Dios que recibimos al ser creados (Gn 2, 7). Esta chispa divina se hace presente desde nuestra concepción como ser humano; es sembrada en la tierra de nuestra humanidad como la pequeña semilla de mostaza (Mt 13, 31), y mezclada en nuestra masa humana como la levadura (13, 33). Es muy importante para la teología mística de Eckhart y otros/as recordar que la chispa divina es parte íntegra de nuestro ser. No es algo añadido o ganado. Como partícipes de la obra creadora de Dios, somos también, junto con todo ser viviente, la tierra por donde fluye la presencia real de Dios como un río. La gracia del bautismo cristiano destapa o despierta en nosotros la experiencia activa y consciente de una presencia latente.

2.- El Pecado fundamental

Partiendo de esta imagen de la chispa divina en el alma humana, nos enfocaremos por el momento en la cuestión del pecado fundamental, o pecado original como se suele llamar. En el tercer capítulo del libro del Génesis aparece la historia del hombre y la mujer que comen del fruto del árbol prohibido, una historia que ya conocemos tan bien que a veces nos olvidamos de escucharla de nuevo, con nuevos oídos. Habitantes en el jardín llamado Edén, Adán y Eva (literalmente el ser hecho de tierra y su compañera) viven en una armonía perfecta con Dios y con toda la creación, lo que los judíos llaman shalom. La presencia de Dios fluye libremente por ellos; no les falta nada. Pero allí es donde entra la serpiente, la tentación. Pero ¿qué tentación?

La gran tentación, por donde se origina el pecado fundamental, es la de creerse incompletos, de negar la presencia de la chispa de Dios en ellos mismos. Creen la mentira de que "por allí, en ese otro arbolito" hay algo que les hará más completos, más como Dios mismo. Buscan fuera de sí mismos lo que Dios ha sembrado en lo más íntimo de su corazón. San Agustín también hace referencia a esta búsqueda equivocada: "Tarde te he amado, ¡Oh Belleza tan antigua y tan nueva! Tarde te he amado. Tú estabas adentro y yo estaba afuera... Tú estabas conmigo, y yo no estaba contigo". Visto desde esta óptica, el pecado fundamental es la negación de nuestra esencia real, nuestra chispa divina, nuestro ser completos en Dios. No somos Dios, pero somos portadores de su presencia. Somos vasos de barro llenos de Dios. El pecado fundamental se puede entender como la negación de esta armonía integral, la cual crea una división interior en el ser humano. Empezamos a creer que "por allí" hay algo que nos hará más completos. Vivimos separados de nuestra realidad interior. Adán y Eva, al comer de este fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, se olvidan de su bendición original, su integridad original. Salen fuera a buscar lo que está adentro. Se olvidan de esa chispa de Dios que llevan dentro de su vaso de barro, su esencia real, su verdadera imagen.

El relato en el jardín del paraíso sigue cuando Yahveh va buscando al hombre y la mujer, que se encuentran escondidos por el miedo. "¿Dónde estás?" pregunta Yahveh, y Adán responde: "Te oí andar por el jardín y tuve miedo, porque estoy desnudo; por eso me escondí" (Gn 3,10). Y Dios le pregunta, "¿Quién te ha hecho ver que estás desnudo?" ¿Quién te dijo que no eres completo? ¿Quién te engañó para que creyeras que te falte algo para ser imagen mía? ¿Quién te dividió en dos: tu ser verdadero y tu ser ilusorio? Es el árbol del bien y del mal, el dualismo, la pérdida de nuestra unidad original. Pecar es dar la espalda a nuestra propia integridad, y en eso, a la integridad de la creación y de Dios mismo. En palabras de Thomas Merton, monje trapense y místico del siglo XX: "El pecado... es la negación de ser lo que somos, un rechazo

de nuestra realidad misteriosa, contingente, espiritual -escondida en el mismo misterio de Dios” (1963: 4). Este rechazo o división interior causa mucho sufrimiento, porque vivimos lejos de nuestra verdadera unidad. El diablo, diabolos en griego, significa el que divide. Adán y Eva pierden su unidad primordial haciéndose personas divididas, buscando por allí lo que llevan aquí adentro.

3.- La Verdad que une

San Pablo presenta a Cristo como el “otro Adán”, el que vuelve a unir, por medio de la gracia, lo que se dividió por el pecado. Otro Adán, superior (al primero), había de presentarse. La gracia de Dios hizo mucho más que compensar la primera falta... Si reinó la muerte por la falta de uno solo, será otra cosa cuando reinen en la vida los que reciben sin medida la gracia y la santidad que Dios nos regala gracias a uno solo que es Cristo Jesús (Rm 5, 16-17).

El nuevo Adán es el uno solo que, por medio de la gracia, sana la ruptura causada por el pecado en el primer Adán (el primer uno solo). Sin la gracia de Dios es posible vivir toda la vida divididos, buscando ese algo más por allí, una búsqueda ilusoria, dado que lo que parece estar por allí en verdad está aquí (realizado, para el cristiano, en la encarnación del Hijo de Dios, Cristo Jesús). Jesús es el nuevo símbolo (“el que une,” en contraste con el diabolos) o sacramento de Dios, el Hijo del Hombre (el humano) que une la tierra con el cielo, el ser humano con Dios. Empleando otra imagen de la tradición mística medieval, tomada del Diálogo de Santa Catalina de Siena, Jesús es revelado por Dios como el puente que sana la ruptura causada por el pecado:

Quiero describir para ti el puente. Te he dicho que se extiende del cielo a la tierra por el hecho de haberme unido a tu humanidad la cual formé del polvo de la tierra.

Este puente (es) mi Hijo unigénito... El es la luz sin disminuir por falsedad alguna. Incluso, con su verdad El confunde y destruye la mentira con que el diablo engañó a Eva. Esa mentira quebró el camino al cielo, pero la Verdad lo restauró... con su sangre [1].

Si por el primer humano nos separamos de nuestra integridad original a base de una mentira, por el nuevo humano nos encontramos unidos de nuevo en la verdad. Para Eckhart es absolutamente esencial recuperar esta base unida de nuestro ser, nuestra fuente de vida divina. Eckhart nos invita a volver al jardín de nuestra integridad original. Varias de las parábolas de Jesús nos alumbran este camino de la recuperación o redescubrimiento de algo perdido (el tesoro escondido en el campo [Mt 13, 44], la moneda perdida [Lc 15, 8], la oveja perdida [Lc 15, 4], el hijo pródigo [Lc 15, 11]). Incluso, para Jesús el Reino de Dios es precisamente eso: redescubrir la integridad, el shalom, de Dios. “Busquen primero el Reino de Dios y su justicia”, dice Jesús. En otras palabras, hay que buscar esa unidad original, ese mundo libre de divisiones y desigualdades (in-justicias), ese mundo de la paz simbolizado por el shalom del jardín de Edén, y al descubrir eso, lo que Jesús llama el Reino, “las demás cosas vendrán por añadidura” (Mt 6, 33).

Para Eckhart buscar el Reino es buscar esa integridad interior donde somos uno: uno con nosotros mismos, uno con el prójimo, uno con Dios, uno con el universo. Es recuperar la chispa perdida, reunificar lo dividido por el pecado y la mentira. El Reino y la lucha por un mundo más justo tiene que enraizarse en un corazón humano libre de dualismos, divisiones y desigualdades. Y para que eso se haga posible, el ser humano necesita redescubrir su ser verdadero como portador de la presencia de Dios en medio del mundo, fruto de la encarnación de Cristo. La verdadera experiencia mística parte no de un alejarse del mundo, sino de un descubrir a Dios totalmente presente en el mundo. Algunos de los escritos más ricos de Eckhart ilustran este misterio.

La semilla de Dios está en nosotros. Con un buen, hábil y muy diligente jardinero esa semilla florecería y crecería hasta Dios... y la fruta sería como la naturaleza de Dios. La semilla de pera crece y se convierte en peral; la semilla del nogal crece y se convierte en nogal. ¡Es la semilla de Dios la que sube hacia Dios!... Pero Orígenes, un gran doctor, nos dice, “Como es el mismo Dios el que ha sembrado en nosotros esta semilla, el que la ha impreso en nosotros y la

ha vuelto connatural a nosotros, por mucho que se la cubra o esconda, no se llegará nunca a destruirla totalmente ni a apagarla; ella continúa ardiendo y brillando, sin cesar luciendo y resplandeciendo y tiende siempre a elevarse hacia Dios"[2].

La presencia de Dios en el ser humano, según Eckhart, es eterna, fruto de la Alianza pactada entre Dios y su pueblo, y rea-firmada en la encarnación del Verbo. Poco a poco, en la medida que vamos realizando la unión integral entre Dios y nosotros, se va borrando la ceguera que no permite experimentar plenamente esta presencia. Esta ceguera, este no ver la plenitud de Dios en nosotros, el Imago Dei, es el pecado fundamental. Como el taparrabos que se ponen Adán y Eva, la humanidad también se esconde detrás de una imagen falsa de sí misma, imagen que nos separa de Dios y de los demás. "El Reino ya está entre ustedes", dice Jesús. La plenitud de Dios ya se está dando. La vida espiritual es una invitación a ir quitando el taparrabos para descubrir nuestra desnudez original, nuestra esencia real. Eckhart, el artista, pinta esta realidad con una preciosa imagen:

Cuando un artista hace una estatua de madera o de piedra, no introduce la estatua en la madera, sino que quita las astillas que escondían y cubrían la estatua. No añade a la madera, le quita algo... Hace desaparecer las rugosidades, y así puede resplandecer lo que se encontraba escondido dentro. Este es el tesoro enterrado en el campo del que habla Nuestro Señor[3].

Cristo es la Verdad que sana en nosotros la mentira de nuestra lejanía de Dios. Las rugosidades del pecado desaparecen al ser iluminadas por la cruz de Cristo. Por la gracia somos salvados, recobramos la integridad perdida, y se cumple la oración que Jesús le hizo a su Abba-Dios: "Para que todos sean uno. Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros" (Jn 17, 21).

4.- Jesucristo: el Yo soy de Dios

Como cristianos nosotros creemos que, a través de la encarnación del Verbo, el velo que escondía la imagen de Dios en el ser humano ha sido quitado para siempre. En Jesús, y por medio de las aguas bautismales, nosotros recuperamos la bienaventuranza primordial. Jesús abre este nuevo camino para el mundo por medio de su propio bautismo. Cuando Jesús sale del río Jordán, donde Juan bautiza, "se oyó una voz que venía de los cielos: 'Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco' " (Mc 1, 11). Jesús experimenta en su bautismo la profunda realización de su ser hijo de Dios. Dice Swami Abhishiktananda, un monje de la India que experimentó en su propia vida la unión mística con Dios, que "el bautismo fue quizás el evento más importante en la vida de Jesús. En el Espíritu, Jesús comprendió la voz que lo llamaba hijo y respondió 'Abba'. En el Jordán se dio cuenta de que él era el mismo Yo soy de Yahveh".

El relato en Juan 9 de la sanación de un hombre ciego sir-ve simbólicamente como ilustración de este mismo misterio para la comunidad cristiana. El hombre nace ciego, y como de costumbre en los tiempos de Jesús, la gente atribuye su ceguera al pecado, dejándolo lejos de la misericordia y el amor de Dios. Pero Jesús se le acerca, sanando la herida más profunda: la de creerse olvidado por Dios. "Yo soy la luz del mundo", dice Jesús, y untándole los ojos con tierra mezclada con saliva, Jesús lo manda a lavarse en la piscina de Siloé, "que quiere decir: el Enviado". Al ser sanado, la gente pregunta: "¿No es éste el que venía a sentarse y pedía limosna?" La respuesta del ciego sanado hace eco del encuentro de Moisés con Yahveh en el desierto, del bautismo de Jesús y de toda la tradición contemplativa de la Biblia: "Sí, yo soy". El nombre Yahveh, "soy quien soy", repetido muchas veces por Jesús en el evangelio de San Juan, se hace también el nuevo nombre del ciego sanado. El que ha nacido de nuevo en las aguas del bautismo ahora se llama Yo soy. El ciego ha recuperado en las aguas del bautismo, las aguas llamadas El Enviado, su verdadera imagen de Dios. Lo perdido se encuentra. Lo dividido se une. "Tú eres mi hijo, el amado, mi elegido".

Eckhart, partiendo de una cita de Orígenes, recoge el símbolo del agua bautismal como fuente inagotable de vida divina en el ser humano: "El Hijo de Dios está en el fondo del alma como una fuente de agua viva. Cuando se echa tierra en ella, es decir, deseos terrestres, está recubierta y escondida... Pero la fuente permanece viva en sí. En cuanto la tierra que la cubre

se retira hasta la superficie, reaparece y se la vuelve a ver"[4]. No se puede destruir la imagen de Dios en el ser humano; es imposible. El pecador más pecador del mundo, el pobre más golpeado y oprimido, siempre lleva dentro de sí la fuente de vida divina. Sigue Eckhart: "David, el rey David, dice en uno de los Salmos 'aunque caiga sobre el ser humano mucho vacío en forma de dolor y desolación, permanece en la imagen de Dios y la imagen en él'. La verdadera luz brilla en las tinieblas, aunque no se la vea"[5].

Cristo rompe las cadenas que tienen preso a Dios en nuestro corazón. Para el cristiano este hecho se celebra y se realiza sacramentalmente en el bautismo. En las palabras de San Pablo: "Ustedes no recibieron un espíritu de esclavos para volver al temor, sino el Espíritu que nos hace hijos e hijas adoptivos, y en todo tiempo llamamos ¡Abba!, o sea ¡Papi!" (Rm 8, 15). En el bautismo el cristiano recobra esta conciencia de su ser hijo o hija de Dios. Si la experiencia de sentirnos separados de Dios es muerte, esta nueva conciencia de unidad con Dios llega como el amanecer de una vida nueva. "Despierta, tú que duermes", dice la Carta a los Efesios, "levántate de la muerte, y te iluminará Cristo" (5, 14). El ciego de nacimiento de Juan 9 experimenta, tanto a nivel de su vista exterior como de su visión interior, esta nueva luz que vence las tinieblas y la muerte: "Lo que sé es que yo era ciego y ahora veo" (9, 25). ¿Qué ve el ciego sanado si no es su verdadero rostro, su Yo soy? En la iglesia primitiva el bautismo se llamaba iluminación, porque despertaba en el neófito la experiencia consciente de la luz divina presente en el corazón. Para Eckhart y otros, este despertarse es la experiencia del Yo soy que Moisés recibió en el desierto y que Jesús vivió a lo largo de su vida. La invitación se nos hace a nosotros también.

5.- Ni Esto, ni Eso: El Desapego y el Vacío

En el pensamiento budista, cada ser viviente participa de la naturaleza buda, es decir, es en su esencia original un Buda (un ser iluminado). Despertar a esta realidad y vivirla plenamente es el contenido del camino espiritual budista.

"Maestro", preguntó el discípulo, "¿hay algo que yo puedo hacer para conseguir la iluminación?" El maestro lo miró con ojos comprensivos: "Sí, haz lo menos posible para que amanezca el sol por la mañana". El discípulo, confundido, volvió a preguntar: "Pero Maestro, entonces ¿de qué sirven todos los ejercicios espirituales que me prescribes?" Respondió el maestro: "Para asegurar que no estés dormido cuando salga el sol" (Anthony de Mello, SJ).

El maestro sabe que el discípulo lleva dentro de sí el don de la vida plena (lo que Eckhart llama la chispa divina); lo que falta es abrir los ojos y descubrirlo, ser iluminado. La disciplina que se requiere para la vida mística o contemplativa se trata más de un espíritu atento y alerta que de un enorme esfuerzo personal de búsqueda. La iluminación no se conquista; es un don gratuito para los que viven despiertos. Este enfoque en la gratuidad de la presencia divina en el ser humano es fundamental en la espiritualidad oriental, y encontramos en Maestro Eckhart lo mismo. Incluso, según Eckhart, uno puede buscar a Dios con tanto fervor que se olvida de la gratuidad y pierde lo fundamental: "El que busque a Dios por un camino especial encontrará el camino, pero perderá a Dios que se encuentra escondido en él" (13b:117). Como la vida misma, el camino espiritual es una paradoja: hay que dejar de buscar a Dios para poderlo encontrar. O dicho de una forma más acertada: hay que dejar de buscar a Dios y dejarse buscar por Dios.

Mucha de la espiritualidad occidental se concentra en la dinámica del cambio de la forma de vivir, lo que suele llamarse la conversión. Entendida como un dejar atrás el pecado y caminar hacia algo nuevo, el tema de la conversión marca fuertemente el lenguaje religioso del Occidente. En sí esta visión de la vida de fe no está equivocada. Incluso, la imagen bíblica de la vida espiritual como un camino es muy rica y esperanzadora. La creación entera, nos recuerda San Pablo, está encaminada hacia algo nuevo (Rm 8). Toda nuestra vida es una conversión, un girarnos hacia Dios. Pero llevada a un extremo, tal como se hace en el fundamentalismo, esta mentalidad puede ser errónea, e incluso peligrosa, porque fácilmente parte de un rechazo de esta vida a favor de otra vida.

La búsqueda frenética de algo diferente, una nueva experiencia de Dios, muchas veces termina siendo una huída de Dios, que está presente en el aquí y el ahora. Dice Eckhart al respecto: "Dado que algo deseable aparece en cada creatura, hay gente que ahora ama esto y después eso. Deja a un lado esto y eso, y lo que queda no es nada excepto Dios" (77: 220). La búsqueda constante de algo diferente, primero esto y después eso, no permite acoger la presencia gratuita de Dios en lo que Eckhart llama el Eterno Ahora. La misma idea se capta bien en las palabras de Hakuin, un antiguo maestro del budismo Zen:

Sin saber lo cerca que tienen la Verdad,
 los seres la buscan en la lejanía -¡qué pena!-.
 Es como alguien que está dentro del agua
 y grita pidiendo agua al sentirse sediento.
 Es como el hijo de un hombre rico perdido entre los pobres[6].

Si Dios no es ni esto, ni eso, entonces ¿cómo lo encontramos? Todas las tradiciones místicas llegan de una u otra forma a hablar del encuentro con Dios, o con la Plenitud de la Vida, como fruto de una experiencia del vacío. Es lo que San Juan de la Cruz describe como nada, nada, nada. "Para caminar hacia Dios el intelecto debe ser perfeccionado en la oscuridad de la fe, la memoria en el vacío de la esperanza, y la voluntad en la desnudez y la ausencia de todo afecto"[7]. Eckhart lo dice de una forma todavía más sencilla y casi desconcertante: "Dios no está en ninguna parte... Dios no está ni aquí ni allí, ni en el tiempo ni en el espacio... Quien quiera que lo busque en algún lugar no lo encontrará" (33: 247-249). Sólo en el vacío del aquí y el ahora se encuentra Dios.

Para la mentalidad religiosa oriental este mundo material es pasajero, impermanente, un vaso de barro que un día desaparecerá. Sólo cuando uno logra liberarse de todo lo material puede descubrir lo verdaderamente real: el tesoro escondido dentro del vaso. Esto no significa un rechazo del mundo material, sino una reorientación de nuestra manera de vivir, soltando los apegos y ataduras con que el mundo nos trata de esclavizar. Segundo Galilea dice que nuestro ascetismo consiste precisamente en la lucha por liberarnos de todo lo que nos ata, tanto a nivel interior como a nivel social. "Esta espiritualidad de las nadas es realista, porque sabe que el amor no crecerá si no se va liberando progresivamente, y porque sabe que las realidades humanas -el mundo- no se pondrán al servicio del amor mientras los seres humanos no usen esas realidades con amor"[8]. Eckhart, refiriéndose al texto evangélico donde Jesús echa a los cambistas injustos del templo, dice esto: "Cuando este templo (el alma o el centro del ser humano) se libera así de todos los obstáculos, es decir, del apego al yo y de la ignorancia, entonces resplandece con hermosura"[9]. Es lo que Jesús llama estar en el mundo sin ser del mundo (Jn 17, 14-16). La esencia real de la vida no es ni esto ni eso (es decir, nada); sin embargo, es todo, es lo más real. En el Chandogya Upanishad del hinduismo hay una pequeña parábola que sirve de ilustración para este punto.

Un gurú le dice al discípulo que vaya y baje de un árbol una fruta, que le quite la cáscara y saque la semilla. El discípulo lo hace tal como el maestro se lo pide. Después el gurú le dice que rompa la semilla, y le pregunta: "¿Qué hay? ¿Qué ves?" El discípulo responde: "Nada". Le dice el maestro en sánscrito: "Tat Tvam Asi. Así eres tú"[10].

Todos los años, para el primer domingo de Cuaresma, se lee el texto de las tentaciones de Jesús en el desierto. Jesús fue tentado por los mismos ídolos que nos persiguen hoy en día: el materialismo, el poder, el creernos igual a Dios, etc. Estos ídolos son los objetos del apego. Según Eckhart, mientras el alma esté apegada a los ídolos y a las cosas del mundo, no hay en ella un lugar para Dios. Al vaciarse el alma de todos estos dioses falsos, al dejar de buscar por aquí y por allá a Dios, dice Eckhart, Dios entonces está obligado a llenarla, porque tal es la naturaleza de Dios. Refiriéndose al evangelio de San Lucas, cuando Jesús deja atrás a toda su familia después de las fiestas en Jerusalén para volver solo al templo, Eckhart escribe: "Si has de encontrar este nacimiento (del Logos en el alma) tienes que dejar la muchedumbre, la bulla, el hacer las cosas sólo para que los demás vean, y tienes que volver a la fuente, al fundamento desde donde viniste" (4: 39). Para Eckhart dejar la muchedumbre simboliza vivir la disciplina del desapego.

El apego al yo (el hacer las cosas sólo para que los demás vean) llena el alma de voces extrañas, de bulla, haciendo inaudible la voz de Dios. Decir: "Señor, hágase en mí según tu Palabra", y al mismo tiempo añadir: "y que tu palabra sea igual que la mía" es orar con el alma

llena del ego. La persona verdaderamente desapegada es la persona libre, vacía de sí misma, abierta para integrar en sí el misterio de la comunión consigo misma, con el prójimo y con Dios. “Retírate de la inquietud de las actividades externas, huyendo y escondiéndote del desorden de los pensamientos”, continúa Eckhart en otra homilía (1: 17). Ahora, al oír las palabras “retírate de la inquietud de las actividades externas” algunos han criticado a Eckhart y a otros de pro-mover el “quietismo” -una actitud de retiro y separación del mundo y de sus cosas-, desligándose de la responsabilidad de ser co-creadores con Dios de un mundo nuevo. Pero no es así. Lo que propone Eckhart es vivir la vida desde una postura de libertad interior, sin ser esclavos del éxito, de la opinión de los demás, del status quo, lo que San Ignacio de Loyola llamaba vivir con santa indiferencia.

Han pasado por la historia de la Iglesia varias herejías que de una u otra forma han pregonado un rechazo del mundo y todas las cosas mundanas, proponiendo en su lugar la obtención de otra vida en otro mundo. Pero de ninguna manera puede haber coherencia entre tales ideologías dualistas y una tradición bíblica en la cual Dios crea el mundo entero y contempla que todo lo creado “es bueno” (Gn 1). Es el querer estar en control del destino del mundo, olvidándose de la gratuidad de Dios, que distorsiona el crecimiento espiritual. Dice Eckhart: “Cualquier apego al trabajo que incluya la pérdida de la libertad para esperar a Dios en el aquí y ahora, y seguirlo sólo a El... te impedirá producir frutos” (8: 72-3). Estas palabras expresan la profunda libertad de la persona que vive sin apegos: no necesita controlar la obra de Dios en el mundo para lograr sus propios fines. Más bien, es una persona capaz de descubrir a Dios en el aquí y el ahora, el aquí de este mundo y el ahora de este momento histórico. Este desapego, en vez de ser dualista y anti-mundo, invita al que lo practique a estar atento al paso de Dios por los caminos de la historia. La lucha por un mundo más justo tiene que ser de acuerdo a la voluntad de Dios; si no, terminará siendo una obra del ego colectivo, haciendo el mundo a nuestra imagen y semejanza y no la de Dios.

En el libro sagrado de los hindúes, el Bhagavad Gita, el tema de la actividad sin apegos es tratado a fondo. En las palabras de este cántico antiguo: “La persona disciplinada suelta los resultados de sus obras y logra la paz perfecta... Confiando sus obras en Dios, ha perdido todo apego. Al obrar, el mal no se le pega más que el agua a la hoja del lotus” (no. V, 10-12). La persona verdaderamente libre actúa sin estar atada al éxito; hace lo que tiene que hacer y nada más. Eckhart se refiere a esa misma libertad desapegada cuando dice: “Si encuentran a Dios en la paz y tranquilidad, también lo deben encontrar en el desorden y las dificultades” (16: 137). El apego al trabajo trae consigo la tentación de medir siempre los resultados, juzgando así la obra por lo que produce o no produce. Si se ha producido bien, se dice que el trabajo estuvo bien; si no, no. Si la persona se siente bien al hacer una actividad, dice que estuvo bien, y si no, pues estuvo mal. La espiritualidad mística constata que hay otra manera de vivir, desde la libertad y el desapego a los caprichos del ego. En vez de ser un camino quietista, es un camino de actividad libre y fructífera, porque nace de un corazón sin ataduras. Este actuar libre, desde la paz interior, es lo que Eckhart y otros llaman la ecuanimidad.

6.- La Ecuanimidad

Dice Eckhart: “Cuando te has abandonado a Dios a través de una fe y un amor puros, entonces cualquier cosa que nazca en ti o te toque, sea interior o exterior, alegre o triste, amargo o dulce... ya no te pertenece a ti sino a Dios” (3: 32). La contemplación es más que un estilo de oración; es un estilo de vida. Y uno de sus frutos mayores es la ecuanimidad: la capacidad de permanecer con paz en el momento presente (el Eterno Ahora), desapegado de las circunstancias exteriores y cambiantes, y enraizado en la presencia constante y fiel de Dios. Es en el momento actual, el momento presente, donde tocamos la eternidad de Dios. El presente es a la vez presencia. Vivir preocupados por lo que ya pasó o por lo que va a pasar mañana es perder el contacto con el Dios eterno que vive en el presente eterno. Jesús lo dice de una forma sencilla y desafiante: “No anden preocupados de su vida: ¿qué vamos a comer?... ¿qué ropa nos pondremos?... Miren cómo las aves del cielo no siembran, ni cosechan, ni guardan en bodegas... Miren cómo crecen los lirios del campo. No trabajan ni tejen... Por lo tanto, busquen primero el Reino y la justicia de Dios, y esas cosas vendrán por añadidura” (Mt 6, 25ss). Este vivir con ecuanimidad en el presente es fruto del desapego y de la libertad interior. Dice Eckhart: “Encontramos a personas a quienes les gusta el sabor de Dios de una forma... pero

no de otra... Debe ser lo mismo en todo... Ama y busca a Dios con pureza, y sea lo que sea, sé contento" (13a:112).

En los tres evangelios sinópticos aparece el relato en el cual Jesús y sus discípulos cruzan el lago de Galilea, quedándose Jesús dormido en la barca. Se levanta una gran tempestad que amenaza con hundir la barca. Esta historia bíblica es profundamente simbólica y muy apropiada para un diálogo sobre este tema de la ecuanimidad. "¡Maestro! ¡Maestro! ¡estamos perdidos!", gritan los discípulos. Jesús se despierta con gran tranquilidad y contesta: "¿Dónde está tu fe?" En medio de la tormenta, el huracán que azota la vida del discípulo, la superficie de la vida puede parecer un caos total, mientras que es posible cultivar en el fondo la tranquilidad y la paz. Esta es la ecuanimidad -una invitación a una fe radical- o sea, una fe con raíces profundas de confianza en la providencia de Dios. Es la fe que caracteriza al verdadero contemplativo. El mar de la vida se encuentra a veces tumultuoso en la superficie, pero el creyente sabe que Jesús "duerme" en el fondo del alma, irradiando una profunda paz interior. De ninguna manera se trata de un Jesús dormido o de una Iglesia apagada. Jesús está muy atento a las necesidades de sus discípulos en el momento de la tormenta, pero no es esclavo de esa realidad.

Esta imagen de Jesús dormido en la barca de la Iglesia frágil sirve para nosotros como una invitación a una fe firmemente ligada a la presencia de Dios en cada momento y cada lugar. La pregunta de Jesús es clave: "¿Dónde está su fe?" La fe, la ecuanimidad y la paz van juntas. Es la plena confianza de que en este momento actual Dios nos está dirigiendo, aunque no lo veamos, aunque no diga nada, aunque parezca dormido. Es curioso que en muchas partes de Asia, y especialmente en Sri Lanka, aparecen enormes estatuas del Buda durmiente. Thich Nhat Hanh, un monje budista de Vietnam, dice que

uno de los elementos fundamentales del amor "es upeksha, que significa ecuanimidad... Upe significa 'sobre', y ksh significa 'ver'. Una persona sube una montaña para poder ver sobre la situación, sin estar atada por un lado o por el otro. Si tu amor tiene apegos, discriminación o prejuicios no puede ser amor verdadero. La gente... a veces piensa que upeksha significa indiferencia, pero la verdadera ecuanimidad no es fríamente in-diferente... Upeksha contiene un elemento llamado samatañjana, la sabiduría de la igualdad, la capacidad de ver a todos como iguales... Sin upeksha el amor se puede hacer posesivo. Una sua-ve brisa puede ser muy refrescante. Pero si tratamos de capturarla en una lata para poseerla, la brisa se muere... El verdadero amor te permite guardar tu libertad y la libertad del otro[11].

La ecuanimidad, como dice Thich Nhat Hanh, acepta todo con una misma paz interior, la sabiduría de la igualdad. No tiene nada que ver con indiferencia o resignación. La ecuanimidad hace posible el amor verdadero, el amor que no se apega a esto o eso, sino que se abre a todo y a todos por igual.

7.- De la Ecuanimidad a la No-Violencia activa

Sin la ecuanimidad no hay amor, y sin el amor no hay paz. Hace más de dos mil años el Buda dijo: "El odio no cesa en ningún momento por medio del odio. El odio cesa por el amor. Esta es una ley inalterable". Y el Tao Te Ching, libro sagrado del Taoísmo, dice así: "La violencia, aún la bien intencionada, siempre vuelve a sí misma". Y Jesús, en el evangelio de San Mateo, dice: "Quien usa la espada, perecerá por la espada" (26, 52). Y en su famoso sermón de la montaña: "Ustedes saben que se dijo, 'Ama a tu prójimo y guarda rencor a tu enemigo'. Pero yo les digo: Amen a sus enemigos y recen por sus perseguidores" (5, 43-44). Cada una de estas tradiciones espirituales antiguas subraya la necesidad de una actitud no-vengativa ante la violencia, re-conociendo que sólo así se puede lograr la paz.

En el camino espiritual de la no-violencia activa uno aprende a trascender la aversión al sufrimiento para poder, si se hace necesario, sufrir por el bien común. Mahatma Gandhi, el profeta de la no-violencia de este siglo, dice: "Mi credo de la no-violencia es una fuerza extremadamente activa. No tiene lugar para la cobardía o la debilidad". (Young India, 16 junio 1927). Eckhart también se pronuncia al respecto: "Cuando al hombre justo y bueno le sobreviene algo exterior desfavorable, es preciso que se mantenga inalterable y que la paz de

su corazón no sea turbada... Yo digo además que todo dolor proviene del amor que experimento por lo que he perdido"[12].

Este "dolor" de que habla Eckhart proviene de la pérdida de la ecuanimidad, la pérdida de la paz interior (lo que experimentaron los discípulos de Jesús en la barca), consecuencia del apego a algo que antes era "mío". En sus enseñanzas conocidas como las Cuatro Verdades Nobles, el Buda señala que las raíces del sufrimiento humano se encuentran en el apego o en la aversión a las cosas materiales y emocionales de la vida. Sigue Eckhart: "Le es absolutamente imposible a Dios y al mundo entero hacer que encuentre un verdadero consuelo el que busca el consuelo en la criatura. Pero aquel que amara únicamente a Dios en las criaturas o en las cosas del mundo y sólo amara a las criaturas en Dios, encontraría en todos los sitios un verdadero con-suelo, justo y apropiado"[13].

Buscar la paz, el sentido de vida, la verdad y la felicidad en las cosas del mundo, dice Eckhart, es buscar una vida de continuo sufrimiento. La no-violencia activa propone un camino de liberación integral, empezando con la liberación interior del apego y de la aversión. Como fruto de esta liberación integral está la ecuanimidad: el poder ver a Dios en todo y todo en Dios. Buscan-do, como Gandhi, ayudar al discípulo a trascender la aversión al sufrimiento, Eckhart continúa: "Si mi sufrimiento está en Dios y si Dios sufre conmigo, ¿cómo, entonces, puede ser doloroso mi sufrimiento cuando el sufrimiento pierde el dolor y mi dolor está en Dios y mi dolor es Dios?"[14]. Eckhart nos está invitando a encontrar la experiencia del sufrimiento también dentro de Dios. No dice que deja de haber sufrimiento, ni dice que Dios quiere que haya sufrimiento. Simplemente dice que encontramos el sufrimiento dentro de Dios.

El discípulo de la no-violencia descubre en el camino de la ecuanimidad una actitud de libertad interior ante el sufrimiento. "Dar la otra mejilla" después de ser golpeado no es posible si uno está apegado a su propia seguridad física; sólo es posible desde un corazón libre. Los que por ignorancia han categorizado la no-violencia como resignación apática (el no hacer nada para defenderse) no se le han acercado en la práctica. Gandhi dice: "La no-violencia es una fuerza activa de la más alta categoría. Es fuerza del alma o el poder de Dios dentro de nosotros... Déjeme repetir una vez más: La no-violencia es para los más fuertes, no para los débiles"[15]. Gandhi, como Eckhart, ha descubierto que por debajo de toda alegría y todo sufrimiento existe una Realidad Eterna y constante que no se turba por las circunstancias cambiantes del mundo, porque no está apegada a ellas. Gandhi llama a esa realidad satyagraha, la fuerza de la Verdad.

Toda la enseñanza de Eckhart sobre el desapego y la ecuanimidad se puede entender como la preparación necesaria para poder vivir como discípulo de la no-violencia. La paz brota del corazón que vive igualmente en las buenas y las malas, en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en el sufrimiento. "Si aman a los que los aman ¿qué mérito tiene?... Si hacen el bien a los que les hacen el bien ¿qué mérito tiene?" Estas palabras de Jesús preceden el mandato de amar a los enemigos (Lc 6, 32-33). El amor incondicional no está apegado a nada ni a nadie; es ecuaníme. Un amor que no se esclaviza por las condiciones pasajeras del mundo es un amor libre, dispuesto a "dar la vida por los amigos" (Jn 15,13).

Gandhi, en sus escritos sobre el amor y el compromiso a la Verdad, hizo eco de muchas de las enseñanzas de Jesús. El discípulo de la no-violencia activa, como el discípulo del Reino de Dios, está llamado a vivir el amor sin límites. "La devoción a la Verdad", escribió Gandhi, "es la razón única de nuestra existencia... el aliento de nuestra vida... La Verdad abstracta no tiene ningún valor, a menos que se encarne en los seres humanos que la representan, que están dispuestos a morir por Ella (Young India, 30 julio 1931 y 22 dic. 1921). Y en palabras parecidas a las de Eckhart, cuando éste escribe sobre el sufrimiento dentro del corazón ecuaníme, Gandhi añade: "Si observar la Verdad fuera un jardín de rosas, si la Verdad no costara nada y fuera pura felicidad y tranquilidad, no tendría nada de bello... El deber de cada ser humano es vivir la Verdad tal como la vea, y de la forma más pura: por medio de la no-violencia" (Young India, 27 sept. 1928 y 24 nov. 1933).

La Verdad, "aliento de nuestra vida", reside en el interior de cada ser humano. Existe escondida en la chispa divina que no se apaga jamás en el alma humana. Dice Gandhi: "Para mí Dios es Verdad y Amor... Conoce nuestros corazones mejor que nosotros mismos... El es la esencia

más pura. El simplemente es para los que tienen fe. El es todas las cosas para todos los seres huma-nos. El está dentro de nosotros, pero al mismo tiempo arriba y más allá de nosotros” (Young India, 5 marzo 1925). Este Dios, llamado Verdad y Amor, forma la base, el trasfondo, de nuestro universo. Lo llevamos adentro, y al mismo tiempo, somos llevados dentro de El. Cuando nuestras alegrías y nuestros sufrimientos se encuentran enraizados en esta Verdad y en este Amor hemos encontrado la paz y la libertad interior por excelencia. Desde allí, desde esa Realidad Eterna que está dentro de nosotros, nace el amor incondicional, ese amor que, en las palabras de Jesús, se extiende igual al amigo que al enemigo. Igual al amigo que al enemigo: lo que Eckhart llama la ecuanimidad. La no-violencia activa nace del corazón ecuaníme.

La no-violencia activa se fundamenta en el amor al enemigo, o en palabras de un discípulo de Gandhi, Lanza del Vasto: “La conversión del adversario es el verdadero fin de la no-violencia”[16]. Para querer una vida nueva y libre para el enemigo, uno tiene que tener el amor verdadero en su corazón. Uno tiene que estar dispuesto a enfrentar al enemigo con una sola arma: la Verdad. Dispuesto a sufrir (sin los apegos que limitan nuestra libertad interior) para el bien del otro es el camino de la ecuanimidad evangélica. Es anunciar el Reino de Dios no con palabras bonitas, sino “muriéndose a sí mismo”, no como algo del futuro, sino como Presencia Divina que fluye libremente aquí y ahora, y brota para la vida eterna (Jn 3, 14). Monseñor Oscar Romero, profeta y mártir de Centroamérica, dijo después de que el gobierno salvadoreño le ofreciera protección: “Quiero repetirles lo que ya dije una vez: el pastor no quiere seguridad mientras no se la den a su rebaño... Es fácil matar, especialmente cuando uno tiene armas, pero qué difícil es dejarse matar por amor al pueblo”[17].

El amor no-violento es sencillamente esto: volver a des-cubrir nuestra integridad original, nuestra Verdad original y reconocerla y valorarla en el prójimo también. Una vez descubierta esta Verdad, ya no es necesario taparnos con máscaras falsas y escondernos con Adán y Eva en el jardín, ni es necesario competir con esa integridad y Verdad en el otro. Es el tesoro de la vida, escondido en nuestro frágil vaso de barro. Es el reflejo del rostro de Dios, bajo múltiples manifestaciones. Es el eco de Dios que resuena en nosotros: “¡Yo soy!”

“¡Y yo también!”

Bibliografía

- Bhagavad Gita**, trad. Kees W. Bolle, en *Universal Wisdom*, ed. Bede Griffiths, San Francisco: Harper Collins, 1994.
- Borst, James: Método de Oración Contemplativa**, Santander: Sal Terrae, 1981.
- Easwaran, Eknath: Words to Live By**, Berkeley: Nilgiri Press, 1990 (cita de San Agustín).
- Galilea, Segundo: The Future of Our Past**, Notre Dame: Ave Maria Press, 1985
- Gandhi, Mahatma: Mohan-Mala**, ed. R.K. Prabhu, India: Navajivan Trust, 1949.
- Griffiths, Bede: A New Vision of Reality**, India: Harpel-Collins, 1989.
- Lanza del Vasto: La Aventura de la No-Violencia**, Salamanca: Sígueme, 1977.
- Maestro Eckhart: Obras Escogidas**, trad. Violeta García Morales y Hermann S. Stein, Barcelona: Visión Libros, 1980.
- Maestro Eckhart: Sermons and Treatises** (3 vol), ed. y trad. Maurice O’C. Walshe, Shaftesbury: Element Books, 1979. (Las citas de Eckhart seguidas por un número en paréntesis, por ej. 80:237, se refieren al número del sermón, seguido por el número de la página, en esta colección de Walshe. Estas citas fueron traducidas al español por el autor.)
- Merton, Thomas: *Life and Holiness*, New York: Herder & Herder, 1963.
- Romero, Mons. Oscar: The Violence of Love**, trad. y ed. James Brockman, S.J., San Francisco: Harper & Row, 1988.
- De Siena, Santa Catalina: The Dialogue**, ed. Suzanne Noffke, New York: Paulist Press, 1980.
- Thich Naht Hanh: **The Mindfulness Bell**, “The Four Immeasu-reable Minds,” Berkeley: Parallax Press, #18, 1997.
- Woods, Richard: *Eckhart’s Way*, Wilmington: Michael Glazier, 1986.

Notas

- [1] Diálogo nn. 26 y 27
- [2] Del Hombre Noble, pp. 22-23
- [3] Del Hombre Noble, pp. 24-25
- [4] Del Hombre Noble, p. 24
- [5] Ibid, pp. 24-25
- [6] Beltrán: La Contemplación en la Acción, p. 100
- [7] Ascenso al Monte Carmelo, libro II, cap. 6, no. 1
- [8] The Future of OurPast, p. 51
- [9] Tratados, p. 263
- [10] Citado de Bede Griffiths, p. 64
- [11] The Mindfulness Bell, N° 18, 1997, p. 5
- [12] Consuelo Divino, pp. 38-39
- [13] Consuelo Divino, p. 39
- [14] Consuelo Divino, p. 67
- [15] Harijan, 12 nov. 1938 y The Times of India, 8 mayo 1941
- [16] La Aventura de la No-Violencia, p. 24
- [17] The Violence of Love, p.182